

## UN FINAL CASI FELIZ



**E**n cuanto llegamos a la Jefatura, Kevin me abrazó emocionado.

—Todos hemos estado muy preocupados por ti —me dijo.

Sentir su calor me reconfortó. Le confesé que todavía llevaba el susto en el cuerpo y le di las gracias por su apoyo. Además de haber ayudado a resolver un asesinato, había ganado nuevos amigos.

En la Jefatura de Policía, todos se enorgullecían por la resolución del crimen de la calle Morgue. Felicitaban a Auguste Dupin, ¡y me felicitaban a mí! En nuestro honor se celebró una fiesta improvisada. Yo estaba hambriento, así que devoré 50 pastas de té, un montón de sándwiches de diferentes embutidos y 2 tazones de chocolate. Brandy Bones, que había sido convidado por Dupin, estuvo todo el tiempo a mi lado, comiendo como un descosido. De paso, se llenó los bolsillos de provisiones: pastas de té, embutidos y huevos duros. Los agentes se dieron cuenta, pero nadie le dijo nada.





Entre todas las felicitaciones que recibí, la que más me llenó de orgullo fue, por supuesto, la de Dupin.

—Eres un gran investigador —proclamó alto y claro.

Y delante de todos afirmó que el caso se había resuelto gracias a mi perspicacia. Yo, de mayor, quería ser escritor; pero si fracasaba, tampoco me importaría ser inspector de policía, como Auguste Dupin.

Cuando los dos quedamos solos en su despacho, me entregó la recompensa sin que nadie lo supiera. Para ello, metió los billetes en un sobre y me pidió que los escondiera. Yo me sentía muy dichoso. Con algunos casos más, no tardaría en reunir el dinero suficiente para viajar con mis hermanos a la búsqueda de mi verdadero padre. Antes de salir de su despacho, le pedí que me diera un abrazo. Dupin me rodeó con fuerza. Yo me sentía feliz.



La policía detuvo a Peter Black el mismo día en que me rescataron. Lo encontraron esa madrugada bebiendo cerveza en un bar cercano al zulo donde yo había estado retenido. Como todavía estaba borracho, ni siquiera opuso resistencia. Más tarde se sabría que estaba acusado de otros delitos, entre



ellos varios robos a mano armada en diferentes ciudades portuarias y hasta un intento de asesinato. Según pronosticó Dupin, iba a ser condenado a varios años de prisión.

El orangután fue capturado a las afueras de Boston unos días después. Un granjero lo había encontrado y encerrado junto a otros animales. El simio, finalmente, fue entregado a un zoológico.

Sin embargo, la dicha no era total. No había ninguna pista sobre la desaparición del pequeño Michael Bloom. Su secuestro nada tenía que ver con el caso de la calle Morgue.



Mi padrastro vino a recogerme a la Jefatura de Policía. Dupin le contó que mi colaboración había sido clave para resolver el caso. Mi padrastro se mostró frío con el inspector, pero no protestó. De hecho, apenas dijo nada; Dupin le imponía un gran respeto. Además, la policía era uno de sus mejores clientes, ya que muchos de los cadáveres de asesinatos acababan en su funeraria.

En cuanto atravesamos la puerta, a mí sí que me susurró que no le gustaba nada que me hubiera entrometido en ayudar a la policía en lugar de estudiar.





A pesar del mal genio de mi padrastro, al llegar a mi casa, me sentía afortunado. Tuve una gran alegría al ver a mi madre adoptiva y le di un beso. Como era de esperar, lloraba desconsolada pensando que me podían haber matado. Mi hermana Rosalie, que también se había enterado de mi secuestro, había venido a saludarme y, al ver a mi madre llorar, se contagió. Nos abrazamos durante un largo rato hasta que vimos a la buena mujer acercarse con una bandeja repleta de galletas de mantequilla para celebrarlo. Como ya había saciado mi apetito, solo comí 6 y guardé otras 6 en el bolsillo de mi pantalón.

—¡Están más buenas que nunca! —exclamé.

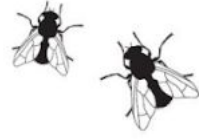
Rosalie también comió 6 y guardó otras 6 en el bolsillo de su vestido, y repitió:

—Sí, están más buenas que nunca.

—Me alegro de que os gusten. No sabes cuánto he sufrido, hijo. Ya pensaba que no te iba a volver a ver. Y ahora que ya has vuelto sano y salvo, tengo que contarte algo... —añadió.

Antes de escucharla, le pedí que aguardara y fui corriendo hasta mi dormitorio. Vigilando que nadie me viera, quería esconder enseguida el dinero que me había entregado Dupin debajo del colchón. Dejé unos billetes para dárselos a Brandy Bones. A continuación, acaricié la medalla de porcelana con el retrato de mi madre 20 veces. Si ella estuviera viva, ese día yo hubiera sido el chico más afortunado sobre la faz de la Tierra.





Estaba pensando que escribiría a mi hermano mayor, William Henry, cuando vi en la puerta de mi habitación una sombra. Me quedé blanco como la nieve al ver que se trataba de Robert Allan, el hijo biológico de mis padres adoptivos. Es más o menos mi hermanastro.

Para mi desgracia, me dijo que lo habían expulsado de la escuela militar donde estudiaba interno y que regresaba a la casa familiar. Comprendí que esa era la noticia que mi madre adoptiva me quería comunicar en la sala.

Tras mirarme de arriba abajo con desprecio, Robert Allan afirmó que me iba a hacer la vida imposible. Yo sabía que cumpliría su amenaza, pero no pensaba permitir que ese bravucón me estropeará uno de los mejores días de mi vida. Así que me imaginé que la cabeza de Robert se transformaba en la de un cerdo. No pude evitar reírme delante de él. Furioso, Robert quiso pegarme; pero justo en ese momento apareció mi madre adoptiva y se llevó a mi hermanastro de la mano.

Satisfecho, busqué papel de cartas para escribir a William Henry. Le conté que en pocos meses ahorraría mucho dinero, lo suficiente para que los tres hermanos pudiéramos viajar a Irlanda a buscar a nuestro padre.

